

Té con leche
y margaritas

Autor: Maria Sol Ponce

Diseño de cubierta: Maria Sol Ponce

ISBN: 978 9 4036 3870 6

© Maria Sol Ponce

Té con leche y margaritas

Maria Sol Ponce

A mi abuelita...
Toute mon âme pour ton amour
Toda mi alma para tu amor.

Capítulo I

—¿Qué mierda estás mirando? — me saludó amenazante Angélica.

El año escolar ya se me estaba haciendo largo y ni siquiera había empezado la primera clase del curso.

—¡Eh!, ¡Te estoy hablando a ti, inútil! — siguió, esta vez acercándose un poco más a mí. Iba escoltada por su grupito de “amigas” completamente adoctrinadas que la seguían a todos lados, con la esperanza de que, algún día con suerte, llegaran a tener una mínima parte de su popularidad.

Angélica era la típica chica linda y sexy, con muchos pretendientes, seguida por un grupo de chicas menos lindas y sexys, con muchos menos pretendientes. Lo único que me reconfortaba era que bajo aquellos pelos quemados por el reiterado uso de las planchas, no había más que un cerebro del tamaño de un guisante, seco.

—No pienses que este curso te me vas a escapar. Me voy a pasar contigo. El curso pasado me jodiste tremendamente y ahora vas a preferir estar muerta.

Me di cuenta de que el verano no le había sentado muy bien y seguía acordándose del desagradable accidente del curso anterior. Cada vez que había intentado explicarle la versión de los hechos calmadamente, aquello acababa peor. No había manera de hacerle entender que yo no tenía la culpa de que el chico nuevo que había venido de intercambio el curso anterior hubiese estado interesado en mí, la cual cosa no duró ni un par de días. Los chicos no eran mi punto fuerte, pero el reducido cerebro de Angélica era incapaz de procesar nada de eso. Mi experiencia con el sexo masculino, desde bien pequeña, había sido horrible, y desde entonces había aprendido que dejar que un hombre esté cerca es receta perfecta para sufrir.

—¡Te voy a estar vigilando, imbécil!

Y como si su frase maestra no hubiese sido suficiente, decidió empujarme, con la mala suerte que al caer me di en la ceja con un bordillo. Sentí un dolor agudo y un pitido en los oídos mientras intentaba levantarme del suelo. Tanto Angélica como sus sumisas se disiparon rápidamente. La sangre me goteaba por los dedos después de inspeccionar la zona afectada y el dolor me rebotaba por toda la cabeza, igual que la risa aguda y odiosa de Angélica. No me gusta odiar

a nadie por muy malos que hubiesen sido conmigo, pero Angélica estaba empezando a acercarse peligrosamente a la línea divisoria.

—Alicia Ortíz — me llamaron por megafonía.

Así era como nos señalaban uno a uno para distribuirnos según las diferentes clases. Empezaban por los más pequeños que iniciaban la secundaria y seguían en orden ascendente de edad. Todos (menos Angélica, que prefería divertirse conmigo) esperábamos pacientemente a que dijeran nuestro nombre.

Me acerqué a la entrada intentando ocultar la herida, pero fue en vano. Aunque no parecía muy profunda, empezaba a ser aparatosa por la sangre que seguía cayéndome por la cara. Cuando me acerqué a Victoria, la conserje, que como cada año era la encargada de llamarnos uno a uno, se le escapó un grito de horror que resonó por todo el patio gracias a la amplitud del megáfono.

—¿Qué te ha pasado? — me preguntó con cara de susto.

—Me tropecé, pero no es nada. Ya se me va a pasar. — le dije intentando esquivarla para entrar lo más rápido posible, ya que todos miraban intrigados después del exagerado aullido con el que casi nos deja sordos.

—¡Qué horror, te podrías haber sacado un ojo! Anda, vete a enfermería que allí te van a curar.

Me costó no reír ante tal expresión, que combinaba algo así como susto, asombro y dolor. Sin duda, Victoria podría haberle hecho creer a cualquiera que mi herida le dolía más a ella que a mí. Ella siempre me había recordado a las típicas matonas que alguna vez había visto en publicidades de cerveza. Desprendía maternidad por cada poro de su piel, pero a la vez, su gran tamaño imponía respeto. De cualquier modo, siempre que la veía me entraban ganas de darle un abrazo.

—De verdad que no es nada — le insistí sabiendo de antemano que perdía el tiempo intentando incumplir una de sus órdenes.

De repente cambió su expresión. Ésta ya me daba un poco más de miedo. Estaba claro que no tenía opción, tenía que ir a la enfermería sí o sí.

Daba gusto ver los pasillos tan tranquilos y despejados. Todo el mundo estaba en sus clases con sus tutores que les explicaban cómo iría el curso. Yo no podía evitar sentir pena por los más jóvenes, los que acababan de venir de primaria, por esa ilusión e inocencia que pronto desaparecería aterrizando de lleno en la cruda realidad de la vida casi adulta. Yo misma había tenido esa ilusión. Recuerdo claramente la noche antes de empezar el primer año. No pude apenas dormir. Ni siquiera cuando era navidad recuerdo haber estado tan nerviosa y emocionada como aquella vez. No podía parar de pensar en

cómo sería el edificio, los profesores y los alumnos nuevos. Tenía muchas ganas de estrenar la mochila y unos lápices preciosos que me había comprado mi madre. Lo recuerdo como si fuese ayer, pero de lo que más me acuerdo es del beso que me dio antes de entrar en el colegio. Que poco sabía de lo mucho que iba a cambiar mi vida esa misma noche al regresar ilusionada de mi primer día de clases.

Cuando llegué a la enfermería no había nadie. Tomé asiento en una de las sillas delante de la sala de profesores por si pasaba alguien. La herida me seguía sangrando, y podía sentir el corazón latiendo con fuerza justo donde estaba el corte. Todo seguía igual. Seis años en aquel lugar y nada había cambiado. Seguro que Victoria no había pensado que no habría nadie en enfermería, ya que todos estaban ocupados distribuyendo a los alumnos en las aulas. Básicamente, hubiera dado lo mismo desangrarme en clase que en enfermería.

El sol entraba con fuerza por el gran ventanal del pasillo y me daba en la espalda. Era agradable sentir aquel calorcito que simulaba ser, en parte, un abrazo en soledad esparciéndose por todo mi cuerpo. Miré hacia el exterior. Nada especial. Un pueblo de lo más común, con poca gente y, por ende, poca actividad. Tenía su gracia porque estaba rodeado de montañas y bosques preciosos, pero el pueblo en sí era bastante feo. Me fijé en unas grandes nubes que se acercaban amenazantes.

Eran bien negras, y se aproximaban con rapidez, incluso me pareció ver un rayo a lo lejos. Con un poco de suerte, para mejorar el día, acabaría lloviendo y tendría que caminar bajo la lluvia sin paraguas durante una hora hasta llegar a casa.

Pero de repente, cualquier calamidad que pudiese sufrir dejó de tener importancia. Un hombre alto salió de la sala de profesores. Desprendía una elegancia que hacía imposible no fijarse en él. Nunca había visto un hombre así, y menos tan cerca de mí.

—Hola.

—Hola — contesté, con tan mala suerte que comencé a toser de manera compulsiva.

Entre el calor que me había entrado por la vergüenza de la tos, el calor del sol en la espalda y ese nuevo y desconocido calor que me recorría el cuerpo, el ambiente estaba empezando a tensarse.

Aquel increíble hombre estaba ocupado buscando papeles en una biblioteca, lugar desde el cual me proporcionaba una perfecta visión desde mi asiento. Cuando salió, me volvió a mirar y se fijó en mi herida. Hasta entonces no me había dado cuenta de sus preciosos ojos color miel. Eran los más bonitos que había visto jamás. Además, iba muy bien vestido, con unos pantalones de vestir un poco ajustados y una camisa blanca que le resaltaba aún más esa intensa mirada.

— ¿Estás bien? — me preguntó preocupado.

Asentí con la cabeza intentando verme lo más normal posible, aun sabiendo que no me sentía nada normal. Era como si me hubiesen quitado la capacidad de pensar con claridad, como si no pudiese evitar quedarme embobada mientras lo miraba.

—Estás sangrando — dijo apuntando a mi ceja.

—Sí, no es nada. Victoria no me dejó ir a clase porque quiere que me lo curen. Es imposible decirle que no, así que aquí estoy, esperando a que venga alguien.

—Es un buen corte, la verdad. Por lo menos necesitarás que te lo desinfecten. Así dejará de sangrar y no va a empeorar. ¿Quieres que lo haga yo? — me preguntó.

¡Sí, quiero! Pensé.

—No te preocupes, ahora seguro llega alguien a ayudarme— le agradecí a la vez que me odiaba por no aceptar.

—A ver si de tanto esperar te terminas desangrando — me advirtió divertido. —Te lo curo yo y ya está. No voy a dejarte aquí perdiendo sangre.

Entramos a enfermería y mientras volvía a tomar asiento en una camilla, él buscaba el botiquín de primeros auxilios en un armario.

Me di cuenta de que tenía acento inglés, pero no sabía bien donde situarlo. No sonaba a inglés americano ni a inglés de Reino Unido, puesto que era muy sutil. Sólo se apreciaba en algunas letras, pero era más que suficiente para hacerle pasar la línea de la atención. Tenía que respirar profundo y mentalizarme de que no podía comportarme como una idiota. Menos mal que se había nublado y el sol ya no me daba en la espalda, pero aun así me notaba las mejillas ardiendo como cada vez que me tocaba interactuar con alguien desconocido. Así era salir a comprar, solicitar indicaciones o pedir ayuda para cualquier cosa. Siempre terminé haciendo las cosas bien, pero dentro de mi cabeza había un remolino de sensaciones negativas indicándome que todo iba a salirme mal. Algo así como un mil formas de cagarla yendo a comprar pan.

—Aquí está — dijo cuando encontró el botiquín. —Voy a desinfectar la herida primero y luego te la cubriré.

—Bien.

Se acercó y puso el botiquín a mi lado, encima de la camilla que había en la sala. Yo seguía con ese extraño nerviosismo, como si tuviese calambres. Desde pequeña no dejaba que nadie se acercara demasiado a mí y menos verme fijamente como él lo hacía en aquel momento. Podía sentir mi corazón latiendo en mi pecho con fuerza.

—Puede que te escueza un poco — me dijo terminando de mojar un trozo de algodón en un líquido desinfectante que había preparado cuidadosamente.

Era realmente atractivo. Sin duda el hombre más guapo que yo había visto jamás. Desde esa distancia, los ojos se le veían aún más bonitos. Eran preciosos, un tono cálido como el bosque en otoño.

Noté el contacto de la gasa en la herida, y no sé si fue porque él me estaba casi tocando o que el ardor era mucho más fuerte de lo que imaginé, pero el calor era algo sobrenatural. Era como estar en un sauna.

Estaba tan cerca de mí que seguro podía ver como cada poro de mi piel empezaba a segregar sudor, pero yo tenía que hacerme la fuerte. No podía mostrarle que por un poco de desinfectante me estaban entrando ganas de llorar. Aguanté como una campeona... pero como no acabara pronto me sería difícil no soltar una lagrimita.

—¿Pica mucho? — Me preguntó mirándome a los ojos.

—No — mentí lo mejor que pude.

—Ya casi está. Ahora te voy a poner una banda.

—Bueno — y sonreí intentando no parecer imbécil.

Me fijé en sus manos mientras tiraba la gasa y buscaba con qué cubrirme la herida. Eran grandes y algo pálidas, pero delicadas a la vez.

—Es un buen corte ¿Cómo te lo has hecho? — me preguntó intrigado.

—Me tropecé en la entrada.

—Entonces sí que caíste mal, ¿no?

Algo en su mirada me decía que no terminaba de creerse lo que acababa de contarle, pero indagó más en el tema y me sonrió. Yo también sonreí ensimismada por aquella sonrisa que desvelaba unos perfectos dientes blancos. Se acercó a mi para curarme y entonces algo extraño ocurrió. Me miró directamente a los ojos y hubo una rara conexión. Nos quedamos mirando unos segundos, y aunque tan solo fuera un instante, es todo lo que bastó para que una extraña sensación se apoderara de mí. Él intentó disimular un poco, pero sus mejillas, unos tonos más rojizas, me dejaron ver que también lo había notado.

—Listo, ya está. Ahora seguro que no te desangras, aparte de que vuelvas a tropezar, claro — y volvió a sonreír, pero esta vez un poco más tímido.

—Muchas gracias. Espero que no te haya hecho llegar tarde.

Dejó el botiquín y se giró para tomar sus cosas. Nos pusimos a caminar hacia el pasillo para ir a las clases.

—No te preocupes. Tengo a los de último curso así que eran los que más tardaban en entrar.

—¿Qué curso tienes? — Le pregunté deseando con todas mis fuerzas que fuera mi tutor.

Como pasara, ya me daba algo seguro.

—Segundo A — me dijo.

Tuve que reprimir un grito de felicidad. Estuve a punto de saltar y todo.

—Entonces, eres mi tutor — le dije intentando que cada una de mis palabras sonaran de manera desinteresada, cosa que no funcionó.

Ya habíamos llegado a la puerta y yo estaba como un tomate. Miré por una ventana del pasillo y me sorprendió la oscuridad del exterior. Las nubes estaban justo encima de nosotros y parecía que no tardaría mucho en llover. Abrió la puerta y el inicial alboroto fue mermando. Angélica me lanzó una intensa mirada de odio cuando me vio entrar, pero pronto aquel odio pasó a segundo plano al darse cuenta de lo guapo que era el hombre que acababa de entrar en clase. La verdad es que no era la única que se había dado cuenta. Todas las

chicas habían rápidamente bajado los escotes, ya de por sí exagerados. Hasta los chicos se habían quedado impresionados y no sé por qué razón, pero no me gustaba nada que las chicas lo miraran de ese modo. Angelica, por el contrario a todo el mundo, me miraba como si quisiese a asesinarme, observó cada uno de mis pasos desde que entré a la clase hasta que pude tomar asiento y dejar mi bolso a un lado. Encontré un sitio libre en la segunda fila, justo al lado de la ventana. El profesor se dirigió hacia su pupitre al frente de todos y ordenó un poco sus cosas. Acto seguido, tomó un rotulador de su maletín y se dirigió a la pizarra. El tiempo de espera había sido suficiente para que los chicos más creativos de la clase llenaran la pizarra de penes dibujados en diferentes situaciones. Tenía su gracia, pero no dejaba de demostrar el nivel de madurez de cada uno de ellos. Miró la pizarra un rato y se dirigió hacia la clase mientras todo el mundo permanecía en silencio.

—Veo que hay talento en esta clase — y se rió para asombro de todos.

Nadie esperaba esa reacción. Era el primer profesor en todo el instituto que se había encontrado con una pizarra repleta de dibujos de penes y le había hecho gracia.

—Éste es el mejor. — dijo apuntando a uno que tenía un sombrero de mariachi y aguantaba unas maracas. — Pero sintiéndolo mucho tengo que borrar un poco para escribir.

Tomó el borrador y comenzó a borrar por el centro, con lo cual el gracioso de la clase soltó un “no” dolorido y todos contestaron con risas. Instantes después, el profesor se dispuso a escribir su nombre con una letra preciosa.

“Iván Anderson”

—Me llamo Iván Anderson y este año voy a ser vuestro tutor. Es mi primer año aquí, así que quiero que sea una buena experiencia tanto para vosotros como para mí. Quiero que sea un año divertido y me gustaría que me tratéis más como un compañero de trabajo que como a un profesor. Estoy aquí para ayudaros, así que cualquier problema que tengáis me lo decís y miramos para solucionarlo.

Se acercó a su mesa y sacó un montón de papeles de un maletín de cuero viejo, parecido a los que salen en las películas de mafiosos. Al momento, se fue acercando a cada mesa repartiendo los papeles.

—Aquí tenéis los horarios. Detrás están las vacaciones y las semanas de exámenes. Como pueden ver, me tienen como profesor de historia del arte los lunes, jueves y viernes, y los viernes a última tendremos horas de tutoría que ocuparemos para tratar todo aquello

que el ministerio de educación no quiere que enseñemos: conducta estudiantil, inteligencia emocional, psicología en general, trámites burocráticos para la vida adulta, que ya están a un paso de ella, y demás temas que, por cierto pueden proponer abiertamente.

Llegó a mi mesa y me dejó el papel, a pesar de quedarse parado un segundo delante de mí. Miré hacia arriba y me crucé directamente con su mirada, aunque esta vez no fui capaz de mantenerme fija. Me volvieron a dar calambres en el estómago y me giré rápidamente para ver por la ventana al cielo negro intentando disimular mis mejillas al rojo vivo. ¡Ni en verano pasaba yo tanto calor! De reojo pude ver como sonreía disimuladamente y seguía repartiendo los documentos. Cuando acabó, volvió a su escritorio.

—Por cierto, ya saben que cualquier teléfono celular que yo tenga la mala suerte de oír será confiscado hasta el final de la clase. Son reglas del centro, así que aseguraos de ponerlo en silencio antes de entrar. Yo voy a intentar que las clases sean amenas, pero por favor os pido que estéis atentos. Y no quiero parecer duro, pero para estar distraídos y distraer a los demás, mejor quedaros en casa.

De repente un trueno rompió el hechizo de la voz de Iván, haciendo que todo el mundo se sobresaltara. La luz se apagó unos instantes, pero volvió a encenderse.

—Y que sepáis que esto lo tenía planeado — dijo refiriéndose al rayo y haciendo que la clase riera. —Así que, si no hay ninguna pregunta, nos vemos mañana para empezar nuestra primera clase de historia del arte.

Justo en aquel momento sonó la sirena dando fin a la clase. Todo el mundo se puso de pie y fue saliendo de la clase. Tomé mi bolso y también salí, pero antes pude ver como Angélica y su grupito se habían acercado a Iván y le hacían alguna pregunta que no llegué a escuchar, empleando poses más bien no correctas.

Siempre había sido muy educada y eso no iba a cambiar. Ni por una calificación, ni por nadie. Debía tener en cuenta de que nuestros profesores son nuestros superiores, meros profesionales que solo hacen su trabajo.

Cuando llegué a la entrada del instituto impulsada por la marea de alumnos desesperados por salir, comprobé que estaba lloviendo a cántaros. No me quedaba más opción que caminar empapándome, ya que como buena previsora que soy, me había olvidado de tomar el paraguas. Si por lo menos pudiera decir que caían cuatro gotas, pero es que aquello realmente parecía el diluvio universal y tampoco tenía a nadie que pudiera venir a buscarme.

Hacía dos años que vivía sola, pero eso no lo sabían los servicios sociales, que pensaban que aún seguía viviendo con el

bastardo de mi tío. Mi madre llevaba casi seis años ingresada en el hospital de un pueblo cercano, en coma. La noche de mi primer día en la secundaria, fue la última que vería a mi madre “viva”, y por suerte, también fue la última que vería a mi padre. Me hubiese gustado poder decir que tenía la opción del transporte público, pero no era el caso. Tal vez en el siguiente pueblo... porque en el mío, apenas había semáforos, entre otras pocas cosas.

La marabunta ya me tenía bajo el agua. Cuando uno queda atrapado en la avalancha, no hay quien escape. No sirve de nada intentar salir, puede ser incluso peligroso. No hay nada tan determinante como seis grupos del instituto intentando salir por una estrecha puerta a la vez.

Las gotas eran frías y el fuerte viento que se había levantado, pronto me mojarían hasta los huesos así que, sin más remedio, me puse a caminar.

Cuando hacía tanto viento me daba apuro por caminar debajo de los balcones. Con mi suerte seguro que a alguna de las macetas se le ocurría aterrizar en mi cabeza. Además, las calles eran de piedra, y se convertían en una pista de hielo cuando estaban mojadas. Así era como mis posibilidades de llegar a casa sana se iban reduciendo rápidamente.

A los pocos segundos escuché una bocina y me giré instintivamente sin parar de caminar. Vi a Angélica saludarme con una maléfica sonrisa desde un coche nuevísimo y aparatoso al lado de su madre, todavía más soberbia que ella. No contesté. Seguí caminando, intentando no pensar en los temblores que sacudían mi cuerpo para combatir el frío que sentía. Ni treinta segundos habían pasado cuando volví a escuchar otra bocina. Esta vez no me iba a girar, no le daría esa satisfacción. Volvió a sonar y ya me estaba empezando a enojar. Por lo menos eso me servía para entrar un poco en calor. Volvió a sonar. Me giré con la expresión más enojada que pude conseguir, dispuesta a espantar a Angélica con la mirada, pero no era ella.

Capítulo II

Se me aceleró el corazón. Pude ver cómo Iván me hacía gestos desde un todo terreno algo antiguo, por lo que me paré y él bajó la ventanilla.

—Sube que te llevo.

—No, gracias. Mi casa está muy lejos. — respondí un poco nerviosa.

—Entonces con más razón. Vas a pescar un resfriado.

—De veras, muchas gracias, pero ya voy caminando. No quiero molestar.

—No me molesta, soy yo quien te lo está ofreciendo. — me dijo sonriendo.

Me quedé un momento dudando sin saber qué hacer. Tenía la posibilidad de subir en el coche del hombre más guapo del mundo y ahí estaba yo, dudando. También tenía que pensar fríamente, lo cual no era difícil ya que pronto llegaría a la hipotermia. ¿Y si era un

asesino en serie? Era un poco imprudente subirse al vehículo de un desconocido, aunque desconocido tampoco era.

—No te voy a raptar si es eso lo que te preocupa. Solo quiero llevarte a donde tengas que ir, está lloviendo mucho.

—Pero estoy chorreando, le voy a mojar todo el coche.

—No me importa, en serio. Ojalá fuese sólo eso todo lo que le hubiese pasado a este coche — contestó amable con una gran sonrisa.

Y me subí. No tenía miedo, simplemente curiosidad por ver de qué hablaríamos en el trayecto, que era de aproximadamente media hora. Si algo me tenía que pasar, no podía ser peor que la idea de seguir caminando bajo la gélida lluvia. Además, era mi profesor.

Al entrar, me invadió un olor a caramelo riquísimo, dulce pero no empalagoso.

—Muchas gracias, no tendría que haberse molestado.

La verdad es que me daba un poco de vergüenza estar en el coche con él. Entre la ceja que estaba un poco hinchada y mi pelo mojado pegado a la cabeza, no tenía mi mejor aspecto. Aunque siempre lo llevaba atado, el viento se había encargado de soltarme algunos mechones que con la lluvia se me pegaban a la cara. No es que fuese tampoco una modelo con el pelo seco, pero un poco arreglada podía zafar. Del montón para arriba, diría yo.